

KASPÁROV vs ANAND
EN LA LÍNEA DEL CIELO

Kaspárov se proclamó Campeón del Mundo de Ajedrez tras vencer a Anand por 10,5 / 7,5. Esta es la sexta vez que consigue el título en la última década. A sus 32 años —uno por cada figura del tablero—, representa la cima y el cisma del ajedrez. Ya no es el joven brillante que dominó a Kárpov en Londres o en las últimas partidas del polémico match de Moscú. Ahora vence porque sus oponentes, poseídos de un temor reverencial, se saben derrotados antes de iniciar el juego.

León Tolstoi, también ajedrecista, dice: «El arte es el único que podrá fundar, sobre las ruinas de nuestro presente de miseria y vejaciones, ese reinado de Dios que se nos aparece a todos como el objeto más alto de la vida humana» (¿Qué es el arte?). Y, Sri Aurobindo, canta: «Es la única labor por la que hemos venido, / Para elevar el mundo a Dios en Luz, / Para que descienda Dios a la Tierra vinimos, / Para cambiar la vida terrestre en vida divina». (Savitri, XI, Canto I).

El ajedrez es un arte (*Arte de Ajedrez*, Lucena, Salamanca, 1497); un juego sagrado (René Guenon) que hace cambiar la mirada sobre la realidad y transforma el mundo. El ajedrez, *Juego de los Cambios*, formulado en torno al cuadrado del 8 —semejante al milenario oráculo chino *I Ching* o *Libro de las Transformaciones*—, hace evolucionar la mente de los individuos y de la sociedad.

El ajedrez no es, como a primera vista parece, un juego marcial; esencialmente no trata de una guerra armada, sino de los incesantes combates psíquicos que el hombre libra en sí mismo a través de las piezas de la luz y las piezas de la oscuridad, es decir, entre nuestros propios arcángeles y dragones, sobre lo claroscuro del tablero que es «campo de acción de las fuerzas cósmicas» (Burckhardt).

El juego simboliza el conflicto cósmico y biológico, la lucha entre las fuerzas de la vida y las de la muerte, el tejido evidente y secreto de la realidad, nombrada *Rebis* por los alquimistas, *re-bis* o cosa doble: sol y luna, mejor, *SOLUNA*, sólo Una Cosa, signo de plenitud y Totalidad.

El ajedrez trata del dominio de la acción, del *karmayoga* —según el tenaz historiador británico *Murriay*, el juego nació en la India, país de *Anand*—; cada partida es un rito-acción hacia la conquista, a través de la renuncia al resultado, de los frutos del conocimiento. Las batallas en el tablero siempre son de orden espiritual, representan la ascesis. Entonces, la sombra enfrentada inclina su Rey; jaque mate a nuestro propio ego gracias al necesario desapego. «Combatimos por la virtud elevada, por la sublime sabiduría, por eso nos llamamos guerreros» (*Anguttara-Nikaya*).

El ajedrez —regla y libertad— representa la Totalidad y, como el budismo, cuyo pacifismo es bien conocido, tiene una imaginaria épica, que confunde al «ojo no penetrante», que se queda en la superficie de las cosas. En la India, según el *Bhagavad Gita*, poema que forma parte del *Mahabharata* y está considerado como la Biblia del pueblo indio, corresponde a la casta de los *kshatriyas* —nuestros Caballeros (equites)— que batallaban contra las fuerzas reinantes del mal. Los mejores ajedrecistas o guerreros espirituales se distinguen por su carácter ético, ecuánime.

Kaspárov versus Anand, en la cima del ajedrez (Campeonato del Mundo de la Asociación Profesional, PCA, creada en 1993 por Kaspárov, tras rebelarse contra la FIDE, Federación Internacional, presidida por el filipino Florencio Campomanes) y de la capital del mundo (Nueva York, World Trade Center, Observation Deck, piso 107, a 410 metros de altura), no saben lo que se traen entre manos.

∞

Según el Génesis (4, 17), Caín creó la primera ciudad, que nombró Enoc, como su hijo. Cambió su casa de telas por la casa de tejas y el círculo de las tiendas nómadas por la solidez del cuadrado

cimentado. Abel sólo habitó la casa de lino y lana. Los hermanos jugaban al ajedrez en el desierto. Partidas breves, eternas, a la caída de la tarde, cuando el sol rojo se enterraba en la raya del horizonte o, al alba, la luna desaparecía en el mar de arena. La primera ciudad fue cainita, un gran cuadrado, otro tablero de ajedrez.

En Roma, como en Angkor o Pekín, el trazado de las ciudades básicamente era el mismo: dos líneas perpendiculares unían los cuatro puntos cardinales. Nueva York, concebida a la antigua, *ad quadratum*, para convertirse en la ciudad de la modernidad, la *Ciudad de las ciudades*, tiene sus avenidas orientadas de Norte a Sur y las calles de Este a Oeste en una serie de cuadrados encajados que forman el gran cuadrado del 8, símbolo de lo infinito que corresponde al cuadrado mágico de Hermes o Mercurio.

Nueva York es la ciudad vertical por excelencia, la ciudad axial, la ciudad de todas las escalas. Herrada de Landsberg, en su obra *Hortus Deliciarum*, muestra la alegoría de la *Escala de las Virtudes*, compuesta por peldaños blancos y negros. Los demonios, en escalones negros, acosan a los pecadores, sobre peldaños blancos, intentando provocar su caída.

Nueva York es una ciudad geminiana (EEUU está regido astrológicamente por Géminis), una ciudad polar, la ciudad de los contrarios, de los contrastes, donde la elegancia y la vulgaridad, la abundancia y la indigencia, la ternura y la crueldad forman una amalgama perfecta. Es la sede de la Inteligencia inventora y realizadora, del Mercado, de los mercaderes, del *tradesman* —Trade Center—, tratante de todo, vendedor de la nada.

Nueva York-Babilonia, con sus colosales torres gemelas y mercurial naturaleza, es un ajedrez gigantesco que ignora el ajedrez competitivo a pesar de haber contado en su corta pero intensa historia con grandes pensadores, jugadores y compositores, comenzando por Benjamín Franklin, que escribió un ensayo sobre la moral del ajedrez. Morphy, Pillsbury, Marshall, Reshevsky, Fine, Fischer, Lloyd, Eaton, Holladay; los célebres *Congresos Americanos* y, más tarde, los grandes Torneos de los años veinte; sus legendarios clubs, Manhattan Chess Club, fundado en 1877, y Marshall Chess Club; las viejas librerías ajedrecísticas, donde se juegan partidas *blitz* toda la noche, o el Central Park o Washington Square, con sus ajedrecistas blancos y negros, jugadores de todas las etnias, crean un ambiente único en el mundo.

Sus ya míticas Torres Gemelas —Twins—, nuevas columnas de Hércules, sostienen su cielo azul, limpiísimo, donde los aviones rotulan marcas comerciales que urgen a los ciudadanos de pie alado, rodado —multitud de patinadores— a usar el producto — ¡Ay, USA, USA! — y a tirarlo aún más rápidamente.

∞

«El ajedrez es la vida» (R. Fischer). La realidad es ajedrezada. Todo sucede, inexplicable y sorprendentemente, en forma de bucle. El Infinito recorre incesantemente los dos círculos gemelos —00— que nombramos ocho y que es el ideograma del *genoma*, ese gran maestro de ajedrez que contiene el misterio de la vida.

∞

Los Gemelos son semejantes a los alfiles y a ellos mismos. Participan de la misma cosa, cada uno es el reflejo del otro. Alicia, en su sueño, los encuentra en una encrucijada. Los gemelos viven en el gozne, pendientes de un filo, representan la ambivalencia, la totalidad del ser; su aspecto espiritual-material, diurno-nocturno, la síntesis, el universo blanqui-negro, lo gris, color del cerebro y la ceniza. Los

Ashvins —gemelos celestes en el cielo védico—, los *Dióscuros*, *Cástor* y *Pólux*, en todas las tradiciones evidencian las dos caras de la moneda que, según el *Disco de Odín* borgiano, sólo es Una.

Repite el himno védico: *El Uno Es y Es sin segundo*. Los *Upanishad* nombran dos pájaros gemelos, uno come el fruto del árbol, mientras otro sólo lo contempla, símbolo del alma individual activa y del espíritu universal o conocimiento puro. Los dos son Uno. Un Ave con Dos Cabezas: Kaspárov-Anand: el héroe *versus* el antihéroe; el soberbio *versus* el humilde; el verso *versus* el reverso. Dos estilos de vida, de interpretar la realidad, de jugar el ritmo y la melodía del silencio de boj, esencialmente Uno. Lamentaba Alekhine (Campeón mundial de 1927-35 y de 1936 hasta su muerte en 1946), poco antes de morir, que la tragedia del jugador de ajedrez consistía en que siempre necesitaba del *otro*, compañero o par, para crear una partida como obra de arte.

La división es el principio de la multiplicación, al igual que el de la síntesis. *Las Torres Gemelas* son sólo Una, la Torre número 2, sede del Match Intel World Chess Championship 1995, *Kaspárov versus Anand / World Trade Center / Observation Deck*.

Esta Torre representa *la puerta del cielo*, como la Torre de los Vientos Ateniense, con la Rosa de los Vientos o *las 8 Direcciones del Espacio*. La colosal Torre, de un manifiesto simbolismo cósmico y espiritual, es asimilable al *eje del mundo*, que conecta el Cielo y la Tierra, tiene en su parte celeste —Observation Deck, último piso del más alto rascacielos neoyorquino— el altar del sacrificio. Por primera vez en la historia del ajedrez se celebra un Campeonato Mundial a tanta altura, aunque es verdad que, en 1970, la Tierra y el Espacio (Soyuz 9) jugaron una partida amistosa.

«La inteligencia —dice el *Rig Veda*— es la más rápida de las aves». Los hombres-pájaro, los más inteligentes de la Tierra (éste es el atributo de los Campeones del Mundo de Ajedrez, de la misma forma que los más fuertes físicamente son considerados los Campeones del Mundo de los Grandes Pesos de Boxeo), instalados en el Observatorio de la gran ciudad, tocando el cielo... El marco elegido no puede ser más mítico, clara manifestación de la trascendencia del milenario juego. Un cuento de las *Mil y Una Noches*: los dos más grandes maestros de ajedrez, venidos de Oriente, Kaspárov, de Azerbaiyán, y Anand, de Madrás, elevados en la región superior de la atmósfera, sobrevolando el cielo de Nueva York,

en la alfombra mágica del ajedrez, a 410 metros sobre el nivel del Atlántico de los Atlantes.

La altura siempre nos habla de las cosas más sublimes y nobles. El solo hecho de estar en el techo de un edificio equivale a estar en el altar —lo más alto—, en el santuario, espacio sagrado y celeste.

Por su forma de cúpula, el cráneo se asimila al cielo del cuerpo humano. Por analogía, se le considera la reproducción de la *Bóveda Celeste*. Según Platón, la cabeza del hombre, por semejarse a una esfera, es comparable a un universo o microcosmo. Esto explica las múltiples formas del *Culto del Cráneo*. Poseer el cráneo del adversario era el trofeo máspreciado, pues equivalía a poseer el centro espiritual, lo más alto del enemigo. Tito Livio nos cuenta cómo el cráneo del Cónsul Postumius, vencido por los galos, fue transportado con gran ceremonia a un templo donde, revestido de precioso metal, fue utilizado de cáliz para el Culto. Kaspárov es el mejor coleccionista actual de cabezas: Anand, Short, varias de Kárpov (algún fragmento de Gorbachov), son los cráneos-trofeo más importantes en sus vitrinas.

En la cima del cuerpo humano, en el vértice de la cabeza, se erige otra torre, llamada Corona, que

representa el don venido de lo alto, la luz, el poder solar, virtudes que rebasan lo propiamente humano. La Corona Real del Campeón del Mundo de Ajedrez, Real Juego, corresponde a su Héroe (Campeón, etimológicamente); la máxima dignidad, a la Realeza. «La corona es el símbolo por excelencia del grado más elevado de la evolución espiritual» (Jung).

El ajedrez, con sus cuatro torres en los ángulos del cuadrado, representa —así lo entendieron los monjes en la Edad Media— el Reino Ideal, la Jerusalén Celeste.

Siguiendo un proceso de inversión conocido en todos los símbolos, los más grandes ajedrecistas del Planeta —Kasparov vs Anand—, los hombres-pájaro, han caído desde el cielo en lo más bajo: encerrados, como peces, en un acuario o, como boas, en una jaula de cristal de un serpentario.

Kabir dice: «Desde la coronilla a la planta de los pies, el hombre está envenenado por la inteligencia». Kaspárov lleva varios años empeñado en vender el ajedrez en el Imperio de los Vendedores, un ajedrez veloz, desajedrezado (con este fin ha diseñado un circuito de ajedrez-activo, 25 minutos de reflexión por jugador; quiere

imponer el espectáculo del ajedrez como si se tratara del golf o el tenis); un ajedrez activo, desactivado de rigor, pervertido, alejado de su majestuosa naturaleza. «El ajedrez ha ganado imagen en USA y hemos logrado algo fundamental: que se considere como un deporte. Y si aquí se acepta así, en el resto del mundo se impondrá» (Kaspárov). La atención del público neoyorquino hacia este antiguo arte, pese a las declaraciones eufóricas del Campeón después del *match* —que quiere vender travestido de deporte—, ha sido elocuente: lo ha ignorado olímpicamente.

¿Cómo se puede mejorar el ajedrez desde un escaparate? ¿Cómo el Campeón del Mundo, nuncio de la inteligencia universal, se puede convertir de la noche a la mañana en hombre anuncio?

El *match* Kaspárov-Anand, Campeonato del Mundo de Ajedrez, inaugurado por el Alcalde de Nueva York, Guiliani (que desataría la memoria siciliana presente en todo el *match*), retransmitido por Internet y cubierto en EEUU por 57 canales de TV, varias veces portada del New York Times desde la Torre Gemela 2, ha sido una viva reproducción de la Torre de Babel, donde se

hablaban todas las lenguas de la tierra y una sola, el ajedrez, devaluado por el alboroto, el obscuro montaje del escaparate y la bochornosa puesta en escena. *Match* babélico de la Torre. Torre de Descontrol. Pandemónium: bocatas, carcajadas, pizzas, aplausos, patatas fritas, gritos, donuts, abucheos, hamburguesas y mucha coca-cola a cambio del silencio que exige el juego. La Torre de Babel es un símbolo de conspiración soberbia —PCA/FIDE—, y presagia la catástrofe. Dos personajes caen de una Torre —toma de conciencia— hendida por el rayo celeste. Este naipe ha pintado el ajedrez y en el ajedrez del Campeonato del Mundo.

∞

Uno, *pequeño discípulo de AjedreZ*, después de recorrer el monumental tapiz de Joan Miró instalado en la entrada de la Torre del Observatorio, recorrer pasillos acordonados para celebrar el ritual de la ascensión, rodeado de japoneses, en el salón elevador que corona los 107 pisos en 58 segundos, y encaminarse devocionalmente a la cúspide de la Torre, hacia la línea del cielo de Nueva York y del Ajedrez, para observar a sus máximos astros. Llega el estupor: Kaspárov vs Anand encerrados en una

jaula o caja, en un escaparate, como dos maniqués o muñecos mecánicos, y, a pocos metros del vidrio, personas hacinadas, empujándose para hacerse sitio, hablando en voz alta, los niños chillando y correteando frente a los dos raros objetos que se muestran *in vitro*, vidrio que nada tiene que ver con el de los palacios de cristal de los héroes de las leyendas, ni con el *gran vidrio* del maestro de ajedrez Marcel Duchamp, ni mucho menos con el majestuoso muro de cristal que hizo instalar Fischer en la Sala Azul del Sava Center de Belgrado, cuando reapareció frente a Spassky para defender el silencio, que es el lenguaje del misterio y del ajedrez.

Los turistas, ajenos al match, estafados por el incremento del precio (de 750 a 2000 pesetas), más los paños negros sobre los grandes ventanales del Observatorio, creaban un ambiente de barracón de feria.

En el libro santo *Bhagavad Gita* o «Canto del Bienaventurado» —Anand significa en sánscrito *Bienaventurado-Feliz*—, se lee: «Como los vientos empujan un barco sobre el océano, así la inteligencia por los sentidos descarriados en la contemplación de las cosas». Los dos jugadores,

en varias ocasiones, en momentos críticos de la partida, especialmente *El Bienaventurado*, se quejaron del fino cristal cuyo grosor no les impedía oír las groserías de los más de mil espectadores del Salón contiguo, amenizados por dos animadores de ajedrez, uno blanco, el gran maestro inglés King, otro negro, el gran maestro norteamericano Ashley. *Match del Cielo. Match del Averno*. Ni un árbitro, ni un solo guardia de seguridad pidiendo silencio, nadie.

El cristal nombra la limpidez y la pureza, la transparencia de la mente lúcida, translúcida; es el puente entre lo visible y lo invisible, el soporte de la adivinación y de la magia; aun siendo material, permite ver a través de sí. Mas el cristal del escaparate de Kaspárov vs Anand no anuncia precisamente la trascendencia, sino algo que roza lo grotesco: dos hombres-anuncio jugando al ajedrez de escaparate, a la moda del otoño de 1995. Creo que el gran maestro de la India tenía que haberse retirado del match o haber exigido enérgicamente unas mejores condiciones de juego.

Dada su falta de experiencia y su humildad, Anand fue el más perjudicado con los problemas de insonorización del escenario. El peregrino, *pequeño discípulo de AjedreZ*, daba la espalda al

soez rito, y se asomaba por uno de los vitrales del Observatorio, dejando volar la mirada a su aire. Entonces contemplaba el misterio, la ilusión —Maya— de la gran ciudad: las personas, como hormigas solitarias, caminando por el bosque de hormigón hacia la irrealidad-realidad más inmediata.

Entonces oía el canto mudo del gran bardo: «Yo soy Walt Whitman / Un Cosmos. ¡Miradme! / El hijo de Manhattan». Y la trágica voz del poeta granadino en Nueva York, repitiendo y repitiendo: «¡Asesinados por el cielo! ¡Asesinados por el cielo! ¡Asesinados por el cielo!» Y luego volvía, ajeno al insignificante espectáculo del *match*, la mirada al microcosmo del ajedrez, a la representación purísima del tablero vacío, tablado donde danzan Shakti y Shiva, Shiva-Shakti, lo femenino-masculino de la unidad original, la pareja de lo Absoluto.

∞

La primera pérdida del gran maestro de la India no fue la de la décima partida, sino la de su propio nombre. «El hombre es su nombre»; dice Plauto *Nomen est omen*: el nombre es el hombre. Viswanathan (Visa-Natha, voz que viene del sánscrito) significa «El Señor del Todo». Nombre

que constituye una de las principales divinidades que se venera en un templo shivaíta, cercano a Benarés, que lleva su nombre.

Anand, o para ser exactos, Ananda, también del sánscrito, significa *Bienaventurado* o *Feliz*, que no se refiere a la felicidad material, a la de los dólares o dolores, de los objetos transitorios, sino a la de un estado de beatitud que trasciende toda dualidad, el de la consciencia divina.

Anandamaya designa la «Bienaventuranza Absoluta». Y *Ananda-Kosa*, «Envoltura de Felicidad». *Ananda* era primo y uno de los «Diez Discípulos» del Buddha histórico. Admirado por su extraordinaria memoria, que le permitía grabar los discursos de su Maestro. De esta forma pudo fijar el canon del primer Concilio. *Ananda* era alabado, sobre todo, por su humildad y su devoción al Buddha. Cuando el cartel anunciador del Campeonato del Mundo y sus propios amigos nombran *Vishy* al Gran Maestro *Viswanatthan Ananda*, hunden en el lodo al admirable maestro, tras arrancarle el loto de su nombre.

Kaspárov, en cambio —*Hijo del Cambio*, de los Intercambios y de Clara Shajanovna o Kaspárova,

que dejó la ingeniería de armas automáticas para fabricar a Garri Kaspárov—, vence, como el Cid, gracias a su temible nombre.

El match quedó sentenciado, oracularmente, en la tercera partida, cuando Anand, después de edificar una magnífica posición, no supo ver una sencilla combinación que le hubiera proporcionado su primera victoria en el movimiento 20 y un triunfo de escándalo.

«Arduo es pasar por la hoja afilada de la navaja», afirma el *Katha Upanishad*. A partir del mal augurio, quedó todo definido en el escaparate: Kaspárov no ganaría el Campeonato del Mundo. Anand —*Vishy* para los amigos— lo perdería a placer.

«La realidad pasa como un caballo a galope» (Proverbio de la India). *Asha*, el caballo de la India, significa el *penetrante*, su poder es el de la luz. Los *Ashivim*, Gemelos con cabeza de caballo relacionados con el cielo solar y el cielo lunar, encarnan el Conocimiento y el Dharma (La Ley).

Los caballos simbolizan la ambivalencia: los sentidos enganchados al carro del Espíritu y a los carros de la Materia, funerarios. Este doble significado también está presente en nuestra cultura.

En el frontón del Partenón dos caballos gemelos tiran del *Carro del Sol* mientras otra pareja de caballos lo hacen del *Carro de la Luna*. El caballo pasa de la noche al día, de la vida a la muerte, del reposo a la acción, anuda los opuestos en un *continuum* perfecto. De la misma forma se comporta el pequeño caballo de madera de boj en el tablero; vehículo del Caballero, forma la unidad con él. Es el mito del hombre-caballo. Anand es Centauro, astrológicamente Sagitario. En la undécima partida, en el movimiento 30, montó sobre su caballo lívido, blanco como un sudario, que le despeñó a la casa abisal, negra, b6. «Como un caballo que se precipita de un impulso en el Camino, / Como un río con sus raudales, ¡quién te pudiera detener!» (*Rig Veda*, 16).

Este hecho funerario, de tenaz resonancia en el cerebro y en el espíritu del maestro indio, sentenció el *match*.

«Anand, después de la novena partida, se sobrevaloró y me perdió el respeto. Los errores de Anand se basan en que sus analistas —Yusupov, Ubilava, Speelman y Wolff— le han hecho perder su personalidad, que define su enorme talento en el tablero. Su juego no es consistente, porque juega en disonancia con su carácter» (Kaspárov).

Uno de los mayores errores conceptuales del gran maestro *Anand de la India* fue jugar a lo *killer*, con una soberbia impropia, todo lo contrario de su humilde naturaleza de *Bienaventurado*, rechazando varias veces las astutas propuestas de Tablas, para inclinar su Rey casi acto seguido.

Truman Capote, en su célebre novela *A sangre fría*, narra la pesadilla de Perry, semejante a la de Anand en Nueva York: «A lo largo de toda una vida un inmenso pájaro amarillo con cabeza de loro aleteaba en sus sueños, era el vengador que le atacaba a picotazos y con sus terribles garras, o le socorría cuando estaba en peligro mortal. El ave rapaz se transformó en ave tutelar».

Se cuenta que el gran maestro espiritual Ramakrishna, en el siglo pasado, cayó en trance viendo un ave, totalmente blanca, salir repentinamente de una nube negra. Kaspárov, *Pájaro de Fuego*, en la décima partida salió de sus cenizas. Éste fue su mejor gesto y gesta en todo el *match*.

∞

Kaspárov es un predestinado, un *loco del ajedrez*; Caissa, su esposa, le confiere un poder casi sobrenatural. El *incontestable* tiene la autoridad y

la suerte de los grandes campeones. Además, Aries, primer signo del Zodíaco, que corresponde a la ascensión del sol, le proporciona una gran energía y el coraje de Marte, Dios de la Guerra. Fulgurante, ariete, entra en combate en un estado de cólera guerrera —décima partida del match— que le transforma, por arte de magia, en Campeón. El mazo, o martillo de Marte, es su instrumento mágico-religioso, que empuña con la mano derecha sobre el yunque del tablero. Hace surgir el oro a martillazos. Aries, signo de Fuego, manifiesta la cósmica alegoría de la potencia animal, el fuego creador y destructor que surge refulgente de su cuerpo. Con su fulgurante mirada, una de sus principales armas, azora y mata. La gran diferencia entre el 13 Campeón del Mundo y los más grandes maestros actuales, incluido Anand, es su terrible vocación, la entera consagración de su ser al ajedrez, que no sólo le asegura una ventaja en el plano psíquico, una fe ciega en la victoria, sino la mejor preparación científica —esta vez ayudado por Kramnik, Dojoian, Pigusov y Shakarov—, que le proporciona una excelente posición en todas la aperturas.

Kaspárov va por la vida investido, vestido de Kaspárov, y todo lo demás se le da por añadidura. Cuando fue sorprendido con la desusada Defensa

Escandinava, en el momento más crítico de la partida, sacrificó su caballo con enorme decisión, con cara de Campeón del Mundo de Póquer, y Anand, ingenuo, hizo bueno el viejo proverbio de su país, que nos habla de Maya o la Ilusión: «Una cuerda puede parecer una serpiente al hombre asustado». Este hecho selló definitivamente el *match*.

Kaspárov, día a día, va convirtiéndose en el *Chamán de la Tribu*. Sus errores, contra toda lógica y por arte de encantamiento, se transforman en aciertos. Hemos observado al carismático Campeón una serie de signos mágicos, protectores, cierres de energía —*mudras* los nombran los indios— que no sólo obedecen al espejo galante. Fuera del tablero, el *Gran Hechicero* procede de una forma semejante: destruye la FIDE y denuncia obsesivamente a Campomanes durante años; ahora se hace amigo del filipino y aparece como Kaspáromanés, variación de Karpomanés, su anterior enemigo, reconstructor de la FIDE.

No asoma en el horizonte blanquinegro ningún San Jorge capaz de pisar la cabeza a los Dragones, guardianes del umbral de Kaspárov. Tal vez Kramnik haya aprendido demasiado en la cocina del Campeón. Al joven Kamski, que perdió

su *match* con Anand y por eso no pudo enfrentarse a Kaspárov en Nueva York, le falta la chispa y el carácter suficiente para vencerle. «Quiero ser el rey del ajedrez hasta el siglo XXI», repetía alborozado el Campeón, abrazado a la Reina de Cristal, espantoso trofeo-feo, kitsch, premio de rifa, digno del escaparate y barracón neoyorquino



Otra ofensa para el ajedrez y los ajedrecistas de buena voluntad, otra gran afrenta del *match* de Nueva York, donde Fischer creció y consiguió los mayores triunfos de cualquier ajedrecista, ha sido que ninguno de los grandes maestros invitados, incluido el viejo Najdorf, hayan pronunciado unas palabras de preocupación, de interés o agradecimiento a Fischer, norteamericano, Campeón del Mundo, despojado de su título por la FIDE en 1972, que en la actualidad vive desterrado en las cercanías de Budapest, ignorado por los más grandes maestros y amenazado por su Gobierno con la cárcel y una importante multa.

Fischer cometió el gran delito de jugar, por fin, tras veinte años de ausencia. Se enfrentó a Spassky, tras escupir sobre el documento de la Casa Blanca que le conminaba a regresar a su país, con el pretexto del bloqueo al que Serbia estaba sometida.

Anand nos comentaba (El Europeo, Madrid, 1993): «Fischer es uno de los maestros más geniales de la historia. Promocionó el ajedrez y a nosotros, los profesionales; gracias a él, hoy podemos vivir dignamente». Y Kaspárov, ahora, ha dicho: «Soy muy superior al Fischer de 1972. Pero no sólo yo, sino cientos de grandes maestros actuales son superiores a él. Gracias a los ordenadores, el ajedrez de hoy es muy superior al de hace veinte años. Fischer y Spassky son solamente historia».

Fischer, que moralmente sigue siendo Campeón del Mundo (Kaspárov venció a Kárpov, que nunca se enfrentó al americano) y, sin la menor duda, el Señor del Ajedrez, vive en una injusta y dramática situación, mas sigue consagrado al ajedrez, pensando y formulándolo. Gracias a él, han sido prácticamente abolidas las partidas aplazadas tras seis horas de juego, impidiendo de esta forma la entrada de poderosos ordenadores y analistas. Su reloj, que anula el bastardo triunfo de la «banderita», se acepta más cada día. Ahora, desde su exilio, ha propuesto la genial y poética solución contra los miles de libros de Aperturas y la amenaza del Ordenador: el sorteo de la posición de las 8 piezas, respetando la estructura inicial de los peones, minutos antes de

comenzar la partida. Es la constelación de otra combinatoria más pura, tal vez el firmamento del ajedrez del próximo milenio: *Ajedrez Aleatorio*.

∞

Urge el desagravio y el rescate del padre del ajedrez moderno. Que Kaspárov, Anand, Kárpov, Kamski, Campomanes, Rentero, máximos representantes del ajedrez mundial, se hagan solidarios e intercedan ante el Gobierno de EEUU en el Caso Fischer. Que propongan al jugador norteamericano otro *match* digno. Que le saquen del pozo de la Dictadura de la Democracia. Hoy Serbia está desbloqueada. Sin embargo, Fischer sigue embargado.

En Madrid y 1993, interrumpimos nuestro extenso diálogo con Anand en este punto. Hoy y en Nueva York, como señal de alarma, volvemos al mismo silencio.

Nueva York-Madrid, 1995

Texto publicado en *El juzgador de Ajedrez*, Eduardo Scala
(Árdora Ediciones, Madrid, 2014)

64 MOVIMIENTOS*

Carlos Tarancón©

No recuerdo cómo Eduardo Scala y yo conectamos en ese final de verano de 1995. En una primera conversación telefónica me habló del Campeonato Mundial de Ajedrez, a celebrarse en los próximos días en Nueva York, al cual asistiría acreditado por la revista cultural *El Europeo*, donde llevaba la sección *El juzgador de Ajedrez* que, como enviado especial, le había hecho viajar a Belgrado a la aparición de Bobby Fischer, 1992, y a la Olimpiada de Moscú en 1994. El mundo del ajedrez era completamente desconocido para mí, un desafío desde el punto de vista fotográfico. Quedamos para conocernos en Gráficas Almeida, en el Barrio de las Letras de Madrid. Después de una apasionada y prolija introducción al trabajo que se nos presentaba, logró abrir mi imaginación, elevándola hasta esa planta 107 de la Torre Sur del WTC, donde los míticos gladiadores mentales iban a desarrollar su gesta. Eduardo conocía a Anand personalmente, pues había publicado en la revista madrileña un extenso diálogo con el campeón de la India en 1993. Había que decidir rápido, pues teníamos que volar en pocos días. Fue una decisión arriesgada, apasionante, que tenía más de aventura que de trabajo, pues todo era desafío en aquella propuesta. Eduardo, desconocido para mí en aquel entonces, me sorprendió en su llegada al JFK apareciendo ataviado a su manera, sandalias y un cayado a

modo de bastón de peregrino; la barba canosa, descuidadamente crecida, gafas redondas, clásicas –representación del ocho tumbado o infinito, como me explicaría más tarde–, en fin, una presencia *gandhiana*. Las diferentes jornadas en la altísima torre (plataforma de observación) con sus vicisitudes en las diferentes partidas, me eran ajenas como lego en aquella compleja materia, en cambio, me atrajeron visualmente los campeones, Kaspárov vs Anand, separados por un escaso metro de distancia: sus microgestos frente al tablero denotaban el tremendo esfuerzo mental de dos personalidades muy definidas, contrapuestas, ideales para el retrato. Y hacia ese objetivo apunté mi cámara, desde la oscuridad de aquella sala VIP, de la que se expulsaba a los fotógrafos después de las tomas protocolarias iniciales, y a la que yo, tenaz, volvía cada día buscando pasar inadvertido para cazar a las mejores cabezas del planeta. Eduardo, por su parte, como hizo en Moscú –«Yo no he venido a la Olimpiada sino al Olimpo del Ajedrez»–, decidió que aquello no le interesaba, pues tachó el escenario del *match* de espectáculo bochornoso, indigno del noble arte del Ajedrez (Alfa Omega, según *El Peregrino*) y por tanto de nuestra atención. A partir de entonces, acordamos cambiar nuestra estrategia de trabajo, bajar del cielo al suelo, a las calles neoyorquinas y desde ese

instante la ciudad se nos mostró como un gran tablero donde pudimos movernos como piezas guiadas por una desconocida y fascinante combinatoria, recorriendo los legendarios ambientes ajedrecísticos de la ciudad, Manhattan Chess Club, Marshall Chess Club, Washington Square Park, Brighton Beach, Brooklyn o Central Park, donde el poeta, acompañado de su cayado de *peregrino del infinito*, jugó y observó partidas con maravillosos personajes anónimos, mientras que yo pude captar esos cuadros en blanco y negro que han permanecido tapados y latentes en mi archivo durante veinticinco años. Este trabajo volvía a mi memoria recurrentemente, pero nunca había llegado a revisarlo. Fue hace poco, que me reencontré con los negativos del documento de donde emergieron estos 64 Movimientos que componen un nuevo tablero de Ajedrez.

Madrid, 2020.

*Las 64 fotografías de la exposición son inéditas.

